

**Premio infantil (de 11 a 14 años) – 2013.** Elena Flores Calcerrada.

*“Aquella Noche”.*

Era una fría tarde; el sol ya se estaba poniendo y la oscuridad intentaba tapar la luz restante. Anocheceía poco a poco, mientras que un hombre joven, de unos treinta años intentaba buscar cobijo entre los árboles.

Se llamaba James, tenía pelo oscuro, en la cara tenía una perilla que apenas se dejaba ver y era alto, con unos ojos imponentes. Su coche se había quedado sin gasolina y al adelantarse en el camino se hallaba perdido en aquel lugar lleno de árboles.

Al cabo de un rato, apareció de repente frente a una vieja casa, pues era muy antigua. No tenía luz, por lo que únicamente la podía observar con la luz de la luna.

Bajo sus pésimas posibilidades de que la casa estuviera habitada, llamó a la puerta. Súbitamente, apareció una chica con cabello azabache y muy largo. Era bellísima, vestía con un camión blanco y parecía joven, demasiado joven como para estar allí sola en mitad de la noche.

James le suplicó que le acogiese allí por esa noche y ella, que observaba como le miraba con cara desconcertante el candelabro que llevaba en la mano, asintió invitándole a pasar y le explicó que debido a la longevidad de la casa no había luz eléctrica por la noche. Le añadió que su nombre era Elia a lo que él respondió que se llamaba James.

Una vez acabadas las presentaciones, Elia condujo a James por infinidad de corredores hasta llegar a la habitación donde él dormiría. Cuando éste quiso darle las gracias, la chica ya no estaba junto a él.

Ya tumbado en la cama, James intentó conciliar el sueño, pero había un ruido que lo irritaba. Se levantó y guiado por los ruidos salió de la habitación a tientas, ya que no podía ver.

Su instinto lo llevó a una puerta trasera donde se podía distinguir un jardín, pero allí no había nadie. Aún así los ruidos no pararon, llegando al punto en el que tuvo que taparse los oídos. Para su asombro cesaron los ruidos y Elia estaba allí a su lado. James no dudó en preguntarle qué eran esos ruidos y ella le respondió en un tono irónico que desde hacía varios días unos fantasmas se colaban en su jardín para hacer fiestas. James pensó que le estaban tomando el pelo y no hizo mucho caso.

La chica le dijo que si tenía miedo podía acostarse con él. En la cama James la miraba y pensaba que ya la conocía de antes, era muy raro, pero sólo hacía unas horas que estaba con ella y no se la podía quitar de la cabeza. Elia le preguntó que si alguna vez había estado enamorado. James recordó que hace mucho tiempo, cuando tenía veinte años, había una chica en su pueblo que se llamaba Elisa, pero todos la llamaban Lissi. Era simpática y bella, era la alegría de su pueblo. Hasta que un día llegó la noticia de que Lissi había tenido

un accidente de tráfico. La chica no sobrevivió. Todos los pasaron muy mal, en especial James, ya que siempre habían estado muy unidos.

Todas las mañanas aparecían pintadas de spray en la fachada de la casa de los padres de Lissi. Se repetían varias veces hasta que lo peor fue que se dieron cuenta de que en el nicho en el que se encontraba el cuerpo de Lissi volvían a aparecer, pero esta vez más grandes y con peor letra. Era increíble que alguien pudiera hacer algo así a una chica que había sido buena con todos.

Después se dieron cuenta de que el culpable era él, James. Estaba destrozado y solo podía consolarse con esas pintadas que recriminaban al viento (ya que nadie podía solucionar lo que le había pasado a Lissi) que quería justicia, que no era justo que alguien tan bueno pudiera sufrir una consecuencia terrible. Los padres de Lissi no lo denunciaron, pues comprendían su dolor como el suyo propio.

James iba todos los días a llevar Flores y a contemplar el mosaico que decoraba la tumba. Era una sirena, que danzaba sobre el mar azul...

Volviendo a la realidad, James dejó escapar una lágrima después de tantos recuerdos. No se había dado cuenta de que Elia se había quedado dormida mientras que él pensaba. Intentó retomar el sueño y se durmió el también dejando caer el peso de un día agotados sobre sus párpados.

Cuando amaneció, James estaba todavía descansando, pero de un sobresalto se despertó.

Al abrir los ojos pudo verlo todo en sus sitio, menos a Elia, podía ver la arrugas y la marca donde ella había dormido, por lo que no podía ser un sueño.

Guardando tranquilidad, se visitó. Debía estar abajo desayunando, pensó. Bajó las escaleras silenciosamente, pero fue en vano, pues la madera crujía por sí sola.

En la cocina, no había nadie. Recorrió un par de habitaciones más, pero no había rastro de Elia. James pensó en buscar en el jardín. Allí no estaba, pero seguía mucho más allá de lo que pudo ver la otra noche. En lo que parecía ser el final del jardín, había una caseta típica para guardar las herramientas de jardinería, que en la parte superior tenía un marco con una pintura. Era una sirena que danzaba en el mar, ¡la misma que en la tumba de Lissi! James no sabía que significaba todo aquello y tampoco podía preguntárselo a nadie ya que no encontraba a Elia por ninguna parte.

Salió de la casa donde pasó la noche como si de ello dependiera su vida. Exhausto intentó buscar una carretera como no pudo hacerlo la otra noche.

Después de mucho caminar, llegó a una estación de tren. A unos cuantos metros había bajado del tren una chica. Llevaba una gorra, pero con el viento se le cayó. James la cogió y corrió para devolvérsela, y ella se volvió para darle las gracias. Él, nada más verlo se dio cuenta de que era igual que Elia. Le dijo que por qué se había ido así, por qué lo había

dejado solo sin darle explicaciones. La chica sin saber de lo que hablaba, insistió en que ella no era Elia, que no lo conocía de nada, que se estaba confundiendo. James intentó hacerla entrar en razón diciéndole que pasaron la noche juntos, que le había acogido en su casa, pero ella pensó que estaba loco, no lo conocía, y salió corriendo. El chico no se lo explicaba. No podía ser que lo hubiera soñado, parecía demasiado real. Hubo un momento en el que se quedó en blanco y se subió al tren para salir de una vez de allí. Sentía que le faltaba aire, estaba agobiado y se sentó enfrente de una anciana que estaba durmiendo.

Cuando la anciana despertó, le preguntó que cuándo había subido al tren. James le dijo que en la parada que habían pasado hacía un cuarto de hora. La mujer, con cara de extrañeza le dijo que era imposible, que el tren ya no hacía paradas en ese trayecto desde que años atrás pasó una tragedia. Él, intentando buscar la explicación a todo lo que le había ocurrido y lo que la mujer le contaba, le preguntó intrigado cuál fue esa tragedia. Ella le respondía despacio, (pues lo veía muy afectado y pálido) que hacía unos años que cerca de allí, en una casa del bosque que era un manicomio, hubo un incendio en el que murieron todos los pacientes. Sus gritos de agonía aún se escuchan en el pueblo que hay a pocos kilómetros, le decía pausadamente, y todos los cuerpos aparecieron, salvo el de una joven. Sus familiares y todo el vecindario estuvieron rastreando el lugar, pero no hubo ni rastro de ella ni de sus pertenencias. Incluso había gente que aseguraba haber visto apariciones de una chica y se rumoreaba que su alma vagaba por los alrededores.

La mujer, tras concluir, alzó la mirada fijándola en James, que estaba sudando y cada vez más pálido. De repente cerró los ojos y se desmayó.

Yo era James. Estuve diez años buscando como loco pruebas que explicaron todo lo sucedido, pero era como si se hubieran evaporado, o mucho peor; que nunca hubieran existido, pero no hallé respuesta.

Escribo esta historia desde mi despacho, preguntándome todavía si esa chica se encontró conmigo por casualidad o porque quería que yo descubriera algo, pero, ¿verdaderamente estaba loco o lo había soñado todo?

FIN.